



JUAN PABLO LIRA

Investigador de IdeaPaís.

MATÍAS PETERSEN:

“Necesitamos tomar conciencia de que los mercados no son zonas moralmente neutras. Estos presuponen ciertas virtudes de parte de quienes participan en ellos”.

Académico y doctor en economía política por el King's College de Londres, disciplina a la cual le ha dedicado gran parte de su carrera como investigador. De esta emanó recientemente el libro *“Political economy, institutions and virtue: Alasdair MacIntyre’s Revolutionary Aristotelianism”*. Para Matías Petersen (1983) la idea de “virtud” debe ser exhibida por los agentes económicos, sobre todo en contextos en donde —explica— la situación de la confianza es desalentadora, tanto en el plano interpersonal como institucional. En esta conversación, el decano de la facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes e investigador sénior de IdeaPaís realiza un agudo análisis sobre los componentes que nos pueden resultar menos visibles del mercado, pero que a su vez inciden directamente en la comprensión de la ética pública: su moral.

"La vida intelectual y la búsqueda de la verdad no pueden estar exclusivamente o principalmente sometidas al beneficio económico. Presupone un cierto desinterés, lo que en lenguaje coloquial llamamos una búsqueda desinteresada. Por lo tanto, la vida académica debe ser muy cautelosa, no solo frente a intervenciones exageradas del poder político en el ámbito intelectual, sino también frente a las influencias del mercado y los poderes económicos".

— A partir del pensamiento de Adam Smith y su influencia en la economía moderna, uno podría preguntarse si el mercado, por sí solo, otorga las bases éticas para su funcionamiento. En ese sentido, ¿qué componentes morales requiere el mercado para su funcionamiento?, ¿se los otorga la "mano invisible"?

— Creo que la cuestión parte de ciertos supuestos, ¿no? En el fondo, si queremos preguntarnos si el mercado provee las bases éticas para su funcionamiento, primero debemos identificar cuáles son dichas bases. Es decir, ¿qué elementos requiere el mercado para operar de manera razonable? El primer elemento, diría yo, es que el mercado necesita ciertos grados de confianza recíproca. Porque, especialmente en las transacciones bilaterales —cuando compro algo a alguien o negocio un contrato, por ejemplo—, el tiempo invertido en la negociación parece ser inversamente proporcional al nivel de confianza entre las partes. Pensadores tan diversos como Wilhelm Röpke, John Rawls o Keneth Arrow, por mencionar solo algunos, convergen en este punto fundamental.

— A propósito de Röpke, él decía que la estabilidad del libre mercado descansa en virtudes morales que no son espontáneas, ¿nuestro modelo económico actual contempla este tipo de "virtudes morales"?

— Yo pienso que, evidentemente, los agentes económicos deben exhibir un mínimo de virtudes. Por ejemplo, la más elemental sería la reciprocidad en los intercambios. Esto es, que exista al menos cierto grado de justicia conmutativa, que se respeten los contratos, etc. Además, esto no es solo una cuestión de virtud moral, sino también una realidad sociológica: debe haber un equilibrio de poder de negociación entre las partes. De lo contrario, se generan situaciones en las que una de las partes queda en evidente desventaja.

— **Todas las fallas que de él derivan...**

— Exacto. Es entonces un tema muy complejo. Si el orden económico actual contempla aquellas virtudes es una pregunta empírica y abierta, difícil de resolver. Sin embargo, es evidente que cualquier sistema económico necesita un mínimo de virtudes por parte de quienes interactúan en él. Ahora bien, una posible objeción a esta idea —inspirada a veces en Adam Smith, aunque no estoy seguro de que realmente provenga de él, sino más bien de algunas ramas de la teoría de juegos contemporánea— es que la confianza entre las partes puede surgir espontáneamente a partir de la interacción repetida entre los agentes. Dicho de manera más simple, cuando las personas interactúan varias veces, su interés individual puede llevar a la formación de una relación de confianza por pura conveniencia. ¿Por qué se suele atribuir esto a Smith? Porque él famosamente señaló que no es por la benevolencia del carnicero o del panadero que recibimos nuestro alimento, sino en atención a su interés particular. A partir de esa idea, hay intentos contemporáneos, tanto en filosofía como en teoría económica, de explicar la emergencia de la confianza como un resultado de juegos iterativos, es decir, de múltiples interacciones entre los agentes.

Ahora bien, siendo generosos con Smith, quizá su planteamiento era plausible en su contexto. Smith vivió en un mundo mucho menos complejo que el nuestro, en el que la repetición de interacciones entre las partes era más frecuente. Hoy, en cambio, el escenario parece ser mucho más complejo.

— **¿Crees que esas virtudes morales están presentes en el modelo chileno?, ¿se han desdibujado?**

— Creo que, volviendo al tema de la confianza recíproca —que siendo fundamental no es el único relevante—, estamos en una situación complicada. Las encuestas sobre confianza interpersonal y en las instituciones son, en general, bastante desalentadoras. Esto es bien preocupante, primero,

porque sabemos que la confianza interpersonal es esencial para sostener estrategias de cooperación social, y el mercado es quizás uno de los ejemplos más emblemáticos de cooperación social a gran escala. Segundo, porque cualquier intento por reformar, corregir, o encauzar cambios virtuosos en el sistema requiere de acuerdos políticos transversales, los cuales están bastante mermados por la misma falta de confianza ciudadana hacia la clase política. La realidad chilena es, en este sentido, particularmente delicada. Según la última encuesta CEP, la confianza de la ciudadanía en los partidos políticos y el Congreso no supera el 4% y 8%, respectivamente.

— **¿El proceso de modernización capitalista que experimentamos como país en las últimas décadas cambió la manera en que nos aproximamos a este tipo de problemas?**

— Esto ha sido muy estudiado, y existen argumentos bastante plausibles para pensar que el proceso de modernización capitalista en Chile —aunque no me encanta el término— ha traído consigo cambios culturales significativos, entre los que suelen identificarse el surgimiento de una cultura más individualista. Sin embargo, es importante tener cuidado al analizar esto. Específicamente, hay que ser cuidadosos a la hora de atribuir parte importante de este cambio cultural al mercado. El papa Benedicto XVI lo explica muy claramente en *Caritas in Veritate*: el mercado, por sí solo, no fomenta necesariamente una cultura individualista. Más bien, lo que impulsa esa tendencia es una ideología, quizás asociada a las formas más radicales del liberalismo.

Ahora bien, hay estudios interesantes, particularmente en economía experimental, que sugieren cómo ciertos incentivos de mercado pueden motivar comportamientos que son, por decirlo de alguna manera, menos virtuosos. Estos estudios sugieren que, en interacciones más anónimas, como las del mercado, los agentes a veces están dispuestos

a renunciar a ciertos principios morales en comparación con interacciones más personales. Sin embargo, también es cierto que en las sociedades donde los mecanismos de cooperación que presupone el mercado están bien establecidos, esos mismos mecanismos pueden favorecer otros tipos de cooperación dentro de la sociedad. En este sentido, la evidencia experimental es ambigua; no identifica necesariamente el mercado como un generador de mayor individualismo.

Así todo, siendo un debate vigente, una tesis plausible, y que podemos encontrar en autores de diversas persuasiones políticas, es aquella según la cual el mercado es como una serpiente que corre el riesgo de morderse su propia cola, en el sentido de que necesita ciertos fundamentos morales que no puede generar por sí mismo, y que, en no pocos casos, puede horadarlos. Dicho de otra manera, los mercados están muy lejos de poder generar, por sí mismos, los presupuestos morales que les son necesarios. Röpke, a quien aludíamos recientemente, pensaba que esto era el error fundamental de lo que él llamaba inmanentismo liberal. Estos presupuestos no son provistos por el mercado y, al contrario de lo que dicho inmanentismo afirma, son el mercado y la competencia los que los someten a una continua prueba de resistencia.

— La ciudadanía muchas veces adopta una imagen corrupta y demonizada del empresario —promovida en ocasiones por ciertos sectores políticos—. Más allá de que eso pueda ser, en algunos casos, una caricatura, ¿crees que el comportamiento del sector privado ha dejado que desear en Chile?

— Hay casos en los que evidentemente esto ha sido así. Y creo que, sobre este punto, algunos de los defensores contemporáneos más entusiastas del mercado son a veces mucho menos conscientes de este problema que los mismos padres del liberalismo económico. Adam Smith, por ejemplo, incluye en *La riqueza de las naciones* algunos pasajes muy

críticos respecto al empresario, aunque también hay otros bastante halagüeños. Él admira la capacidad del emprendedor para organizar y profundizar los mecanismos de división del trabajo, lo que aumenta la productividad, la acumulación de capital y el crecimiento económico. Sin embargo, también señala que, en ocasiones, cuando dos o tres empresarios se juntan, es para confabular contra el bien común, ya sea coludiéndose o capturando intereses políticos a su favor.

Aquí se plantea un problema que es fundamental: el empresariado enfrenta un serio problema de “acción colectiva”, para emplear la expresión de Mancur Olson. Ellos muchas veces han manifestado, con toda razón, que debemos apuntar a que el mercado tenga una legitimidad política fuerte, al tiempo que ser conscientes de sus limitaciones. Para ello, deberían trabajar mancomunadamente y denunciar los abusos, la corrupción y la colusión. Sin embargo, el empresario, considerado individualmente, a veces puede tener incentivos fuertes para emplear sus recursos en capturar el sistema político para su propio beneficio en lugar de invertirlos en mayor creación de riqueza.

Este riesgo parece ser inherente al sistema y, en este sentido, la responsabilidad del empresario es doble. La legitimidad política de un sistema de mercado es crucial, y si esta se ve socavada por casos graves de colusión, tenemos un problema serio. En este sentido, tanto Smith como otros autores de la tradición liberal han notado esta situación. Sin embargo, tengo la impresión de que algunos defensores del liberalismo económico contemporáneo muestran cierta ceguera al respecto. A menudo hay una defensa corporativa de la clase empresarial que, aunque reconoce los beneficios que esta puede aportar en términos de creación de riqueza y empleo, subestima los peligros que venimos comentando, como la intervención del poder económico en cuestiones políticas.

– **Una distinción comúnmente empleada por autores como Michael Sandel es entre una economía de mercado y una sociedad de mercado. Él habla de “la corrupción de las cosas” cuando todos los planos se rigen por lógicas mercantiles. ¿Qué esferas de la vida pública arriesgan su degradación por las lógicas mercantiles? ¿Somos conscientes de que hemos pasado de tener una economía de mercado a ser una sociedad de mercado?**

– Es una distinción bastante sugerente, y creo que plausible, aunque se pueden hacer varios matices. Esto es especialmente relevante en esferas de la vida social que son particularmente sensibles a la introducción de mecanismos de mercado. Por ejemplo, las universidades están orientadas a la búsqueda de la verdad, la generación de nuevo conocimiento y la formación de sus estudiantes. Ello no es posible si no cuentan con una estructura institucional que les permita ser sustentables financieramente. Ahora bien, en una sociedad de mercado o articulada en torno al mercado puede ocurrir que los criterios económicos pasen a tener una relevancia mayor que los propiamente académicos. Siguiendo la lógica de Sandel, la vida académica debe ser muy cautelosa, no solo frente a potenciales extralimitaciones del poder político en el ámbito intelectual, sino también frente a los peligros que acarrea una mentalidad exclusivamente instrumental de la vida universitaria. En este sentido, considero que es una esfera particularmente sensible, en la que la introducción de mecanismos de mercado puede distorsionar las cosas.

Otro ámbito en el que el mercado puede tener efectos negativos es en las relaciones humanas más íntimas, como las familiares o de amistad. Es interesante señalar que un pensador liberal, como Friedrich Hayek —influyente en algunos sectores de la derecha—, expresa esta preocupación. Hayek advierte que no podemos aplicar las normas de convivencia íntima o de amistad a una sociedad compleja sin riesgo de destruir esas relaciones. En cambio, también subraya que no debemos aplicar

las normas propias de una sociedad compleja, articulada en torno al mercado, a la familia o a las amistades, ya que eso también las destruiría. Así que, según él, debemos aprender a vivir en estos “dos mundos”. No estoy seguro de si son mundos tan radicalmente distintos como él los pinta, pero sí es muy consciente de un aspecto fundamental: en las esferas de las relaciones personales, la introducción de categorías económicas como principal criterio de acción puede, evidentemente, destruir esas relaciones.

– **Ni la institución familiar ha sido inmune a la expansión de lógicas mercantiles...**

– No, no ha sido inmune a estos procesos; por el contrario, se ha visto afectada por ellos. Esto se debe, en parte, a una razón muy sencilla: la familia contemporánea presenta una realidad sociológica compleja que debemos reconocer. Sin embargo, a pesar de eso, seguimos pensando en la familia como aquella que asegura vínculos permanentes, que tienen una característica fundamental: son incondicionales. Las familias, idealmente, te reciben y te acogen no por tus logros o méritos, sino simplemente porque eres tú.

Esta incondicionalidad propia de la familia se rige por una lógica muy distinta a la del mercado, donde el criterio principal es el beneficio. Por ejemplo, en la lógica familiar, cuestiones como cuántos hijos tener deberían ser guiadas por razones que van más allá del interés personal. Si la decisión de tener un hijo se basa principalmente en consideraciones económicas, el beneficio personal o en deseos y preferencias individuales, y no en una verdadera donación hacia los otros, entonces la familia comienza a resentirse. Obviamente que la dimensión económica es relevante; el problema es el peso que se le otorga en la vida familiar. La actual crisis de la natalidad puede explicarse desde muchos factores, pero uno muy relevante a mi juicio es que no hemos reflexionado suficientemente sobre el modo en que la vida familiar interactúa

con el orden económico. El trabajo de la socióloga Viviana Zelizer me parece particularmente estimulante para avanzar en dicha reflexión.

– **Zygmunt Baumann sostiene que las estructuras tradicionales y los valores compartidos que antes daban coherencia a las sociedades se han vuelto más fragmentados, efímeros y sujetos a cambio constante. ¿Es más difícil en tiempos de posmodernidad encontrarnos moralmente, lograr ciertos mínimos éticos de común denominador?**

– Lo que Baumann llama la “sociedad líquida” refiere a la fragilidad de las convicciones y la inestabilidad de los vínculos, lo cual es un problema significativo. Sin embargo, tampoco se trata de ser romántico ni de desear regresar a una sociedad menos compleja, ya que eso no ocurrirá. Es cierto que hay un aspecto cultural e intelectual muy profundo relacionado con la fragmentación moral de las sociedades y la falta de un mínimo común denominador. Existen personas con visiones del mundo muy distintas, lo que genera una ausencia de convergencia sobre principios orientadores comunes. Ahora bien, ¿qué explica la fragmentación moral contemporánea?

Un exagerado énfasis en los procesos de modernización me parece complejo. Es cierto que la estructura de una sociedad moderna y compleja a veces no se ajusta bien a la convicción de un orden moral que ofrezca orientaciones sólidas. Pero esto oscurece el papel que juegan las ideas en la cultura moral de la modernidad. Un autor que ha tratado de manera lúcida este problema es Alasdair MacIntyre, sobre todo por su capacidad de sintetizar la filosofía moral con autores clásicos en sociología y antropología. Para este filósofo escocés, toda filosofía moral presupone una sociología, en

parte porque toda filosofía moral ofrece explícita o implícitamente un análisis conceptual de la relación de un agente con sus razones, motivos e intenciones. Lo anterior implica presuponer que estos conceptos están encarnados de algún modo en la vida social.

– **Respecto a los paradigmas filosóficos y los presupuestos normativos que orientan nuestro modelo económico, ¿qué replanteamiento o modificación crees que sería necesaria?**

– Yo creo que hay varias cosas. Una de las más importantes, que ya hemos comentado, es la necesidad tomar conciencia de que los mercados no son zonas moralmente neutras. Estos presuponen ciertas virtudes de parte de quienes participan en ellos.

En segundo lugar, hay un tema más amplio que ha tenido mayor énfasis en la discusión pública: las desigualdades sociales, sobre todo las que se refieren a la igualdad de oportunidades. Estas desigualdades pueden afectar la justificación y la legitimidad política del mercado. Este es un punto muy relevante. Aristóteles ya lo señalaba: en sociedades con desigualdades significativas, se resiente la amistad política. Las personas, al verse en situaciones de desigualdad, pueden sentir que sus intereses no están representados.

Además, en el contexto chileno, hay un aspecto que me parece delicado. Muchas veces —de manera quizás inconsciente— ciertos actores influyentes en la discusión pública han defendido el modelo de desarrollo chileno basándose en el mérito individual. La idea de que si alguien no logra salir adelante es por falta de esfuerzo personal. Este enfoque puede ignorar las condiciones desiguales de partida que enfrentan muchas personas.

– **"La mentira noble", como plantea Carlos Peña. El mérito en el sistema educativo, por ejemplo...**

– La educación es un muy buen ejemplo de esto. Me parece evidente que no vamos bien encaminados, sobre todo si consideramos los desastrosos efectos que tuvo la pandemia en los procesos de aprendizaje de miles de niños, efectos que se correlacionan fuertemente con el nivel socioeconómico. Por otro lado, me parece que la prioridad que se le ha dado a la educación superior por encima de la educación en edades más tempranas plantea muchos problemas. Es una idea que ha sido impulsada, si se quiere, tanto por el gobierno de la expresidenta Bachelet como por el actual, pero no es solo un tema de la izquierda; hay una cuestión cultural también.

– **Hay cierta miopía en este tema...**

– Lo curioso es que existe un acuerdo bastante amplio entre quienes se han dedicado a estudiar este tema sobre la relevancia de invertir en las etapas más tempranas. La diferencia que puede hacer esta inversión es monumental, no solo en términos de su educación formal, sino también en el contexto familiar y social en el que viven. Cuánto cariño recibe un niño, el entorno en el que se relacionan, la seguridad del barrio, todo esto puede determinar de manera muy importante la trayectoria de un niño. Sobre este tema, y específicamente sobre la relación entre educación y estructura familiar, me siguen pareciendo muy relevantes las observaciones de Gonzalo Vial, cuyas columnas ustedes han editado. A pesar de que se puede estar de acuerdo o no con algunos términos y modos de argumentar, su diagnóstico general me parece todavía muy vigente. [®]

"Ciertos actores influyentes en la discusión pública han defendido el modelo de desarrollo chileno basándose en el mérito individual. La idea de que si alguien no logra salir adelante es por falta de esfuerzo personal. Este enfoque puede ignorar las condiciones desiguales de partida que enfrentan muchas personas".